



---

ACTUALIDAD

3

# PREVER Y PLANIFICAR EL FUTURO

*Gabriel JACKSON*

**La glasnost y la perestroika en la URSS, las rápidas y pacíficas revoluciones políticas de Europa oriental, el fin de la Guerra Fría y el avance continuo hacia la integración económica de los Estados de Mercado Común son factores todos ellos que han creado un nuevo sentido de la esperanza y de posibilidades abiertas tanto en el «Primer» mundo (capitalista avanzado y en gran medida democrático) y el «Segundo» (socialista y dominado por los soviéticos).**

**C**omienzo mi exposición con esta delimitación de áreas por el momento no hay pruebas de que los esperanzadores cambios que se están produciendo en Europa y la URSS vayan a mejorar automáticamente la suerte de América Latina, Africa, el mundo islámico, la India, Indonesia o China.

Al mismo tiempo que hay una nueva flexibilidad política y económica en los

mundos septentrionales capitalista y socialista, el planeta tierra se enfrenta a una serie de problemas ecológicos sumamente graves que son consecuencia directa, si bien no intencionada, tanto de las prácticas económicas capitalistas como de las socialistas. Cuando leemos sobre la desertización, la contaminación en las ciudades, la escasez de agua, la explosión demográfica, el efecto invernadero, la

---

***La Tierra se enfrenta a  
problemas ecológicos  
sumamente graves, consecuencia  
directa de las prácticas  
económicas capitalistas y  
socialistas.***

---

acumulación de peligrosos residuos químicos y nucleares, la desaparición de bosques pluviales, etc., tenemos la impresión de que, en general, la gente es consciente de los múltiples peligros que amenazan la vida humana en la tierra.

Pero cuanto leemos las páginas de economía y vemos los anuncios de televisión, es obvio que el crecimiento económico, tal como se concibe tanto en el mundo capitalista como en el socialista, depende de la explotación acelerada de unos recursos naturales ya exhaustos. Una de las pocas afirmaciones dogmáticas que me atrevo a hacer es que es literalmente imposible prolongar en un futuro indefinido el tipo de desarrollo económico que se viene dando en el mundo capitalista desde 1800 y en el mundo socialista desde 1950.

Así pues, cuando pienso en el futuro, parto desde una postura contradictoria, aunque interesante. Por una parte, las noticias *européas* de 1985-89 son las mejores noticias de mi vida (llegué a la mayoría de edad con la depresión mundial, el nazismo y el estalinismo). Por primera vez, no sólo desde la década de 1930, sino desde el estallido de la primera guerra mundial en 1914, se puede ser moderada y racionalmente optimista respecto de un desarrollo pacífico, con gobiernos relativamente presentables que respetan los derechos humanos fundamentales, de los mundos capitalista y socialista. La combinación de democracia política, coopera-

ción internacional sin exclusiones dogmáticas e innovación tecnológica permite concebir, desde una perspectiva realista, una vida digna para la mayoría de los ciudadanos que habitan en los países avanzados. Y también cabe concebir que algunas de esas ventajas lleguen al resto de la humanidad, aunque las tendencias positivas del momento no se apliquen, por desgracia, al «Tercer» mundo.

Pero la inevitable contradicción al panorama optimista que se acaba de esbozar es que, en los próximos cincuenta años a lo sumo, han de cambiar radicalmente tanto la economía del capitalismo como la del socialismo, tanto las economías de mercado como las planificadas, y tanto en sus sectores públicos como en los privados. Aun cuando el plástico pueda sustituir milagrosamente todos los usos del metal y la madera, aun cuando una energía nuclear segura y las alternativas al carbón y al petróleo se hagan universales, simplemente no habrá suficiente agua potable ni suficiente aire respirable en el futuro próximo a menos que podamos sustituir las tan encomiadas tasas de crecimiento del 3 o el 4% anual con «lo pequeño es bello».

Si se me permite introducir una nota personal, muchos antiguos colegas que saben que me jubilé anticipadamente con una pensión muy reducida me preguntan cómo me las arreglo, económicamente hablando. Yo les explico que tengo aproximadamente el mismo nivel de vida que en 1950: mi coche no es más potente, mi apartamento no es más grande, sigo fregando los platos a mano, y sigo bajando las ventanillas y conduciendo el coche con los diez dedos. Mis palabras les sorprenden realmente. La mayoría de mis colegas de California viven en casas mucho más grandes y conducen coches mucho más potentes que en 1950. Personalmente, no me siento austero en lo más mínimo. Sé que tengo la suerte de vivir

mejor que cerca del 90% de la raza humana. Para mí es ligeramente inquietante, aunque no sorprendente, que mis colegas de la universidad compartan en gran medida el consumismo y las ambiciones de *yuppie* de los dirigentes capitalistas que han creado nuestra economía, manifiestamente despilfarradora. Toda persona cultivada sabe que debemos aprender a vivir con más modestia, pero nadie quiere dar el primer paso.

Si optamos por no ser conscientes de la inminente catástrofe ecológica, podemos entonar, llenos de satisfacción, las alabanzas de la economía capitalista modificada de Europa y de los países anglófonos, esa economía que ha proporcionado un nivel de vida más alto y un mayor grado de libertad personal que ninguna otra sociedad pasada o presente. Del mismo modo, hay que atribuir gran parte del mérito del Estado de bienestar a los partidos y sindicatos socialistas y comunistas que han encabezado la larga e interminable lucha por unas condiciones de trabajo dignas, una mínima seguridad en la vejez, niveles mínimos de educación y sanidad, etc. De hecho, la izquierda marxista y anarquista ha tenido mucho más éxito en la humanización del capitalismo que en la creación del socialismo. Y la primera pregunta que me formulo, entonces, es qué errores y juicios equivocados son los responsables del fracaso, ya reconocido, en hacer realidad los sueños colectivistas del pensamiento marxista y anarquista.

Hay un gran error que tiene que ver con los móviles del ser humano medio. Karl Marx solía leer a sus hijos los clásicos griegos. Mi padre, como inmigrante pobre que asistía a la escuela nocturna en la ciudad de Nueva York, solía hacer los domingos excursiones a pie con otros jóvenes inmigrantes alemanes, y se leían unos a otros obras de Goethe y de Schiller en las riberas del relativamente aún no contaminado río Hudson. Miles de «obreros

conscientes» de España y de todos los demás países europeos leyeron a Marx y a Ibsen y a Tolstoi a la luz de una vela. Miles de maestros inteligentes e idealistas trabajaron incontables horas a cambio de una compensación económica mucho menor que la que sus aptitudes les habrían hecho ganar en la empresa, la industria y las profesiones liberales.

Estas personas, de entre las que salieron los dirigentes de los partidos reformistas y revolucionarios, imaginaban que la gran mayoría, si recibía oportunidades educativas y orientación, también querría leer los clásicos a sus hijos, trabajar por el bien de la comunidad, nutrir sus espíritus con la gran literatura y la gran música. Pero la elevación del nivel de vida para grandes sectores de la población producida en los últimos diez lustros ha demostrado que sólo una minoría muy pequeña y autoselecta comparte los móviles y los gustos de los pioneros socialistas. El fútbol, los juegos de azar y el entretenimiento pasivo de la televisión tienen muchos más entusiastas que cualquier forma de servicio comunitario o que cualquier actividad intelectual o artística no relacionada con la mejora de la posición material. Los manuales sobre cómo cambiar las bujías y los programas de salud física venden infinitamente más que Platón o Shakespeare.

Además de confundir sus propios gustos con los de la mayoría, los intelectuales marxistas y anarquistas infravaloraron en

---

***La izquierda marxista y anarquista ha tenido mucho más éxito en la humanización del capitalismo que en la creación del socialismo.***

---

gran medida la importancia del afán de lucro. En momentos de euforia, como la actual liberación de cuarenta años de anquiladora dictadura, la gente deja a un lado temporalmente sus intereses egoístas y sus rivalidades en favor de acciones generosas y desinteresadas. También hay pequeñas comunidades de idealistas religiosos, como los amish o los dukhobors, y de socialistas utópicos como los habitantes de los *kibutzim* en Israel, cuya prosperidad demuestra que algunos seres humanos pueden crear una vida económica y cultural rica que no dependa del afán de lucro.

A finales de la década de 1920 los soviéticos (y no sólo José Stalin) emprendieron la creación del «Nuevo Hombre (¿y Mujer?) Soviético», que no «competiría» por unos dividendos más altos, como los capitalistas interesados, ni por unos salarios más altos, como los abogados e ingenieros aduladores, sino que dedicaría sus generosas energías a la construcción de la industria y la agricultura socialistas. El servicio a la comunidad, de la que se era un miembro orgulloso y optimista, sustituiría la lucha competitiva de todos contra todos.

Pero lo que es posible para pequeñas minorías de idealistas religiosos o políticos no lo es para la mayoría de los seres humanos. Ni tampoco deseable. En una economía de mercado la gente tiene, en efecto, que «venderse», es decir, desarrollar la combinación de rasgos de persona-

---

***La alternativa soviética viene siendo una economía dirigida en la que la gran mayoría debe obedecer a planificadores y burócratas.***

---

lidad y destrezas técnicas que les permitirá ganar un salario o dirigir un negocio rentable. Hay una larga serie de analistas sociales que han expuesto la hipocresía, la «heterodirección» (utilizando la expresión que emplea David Riesman en *La multitud solitaria*) que suele empobrecer la personalidad humana en tales circunstancias. Pero, por desgracia, la alternativa soviética viene siendo una economía dirigida en la que la gran mayoría ha de obedecer las órdenes de unos planificadores y burócratas que, erróneamente, creen saber qué es mejor para la sociedad y que exigen una conformidad ideológica explícita mucho más dañina para el alma humana que el deseo de ganar dinero y de gastarlo en objetos de la propia elección de cada cual.

Dejando aparte los horrores de la represión ideológica, ha habido otros errores fatales en el pensamiento de la mayoría de la izquierda en los países capitalistas. Uno de ellos es la noción de que los comerciantes son unos «parásitos», meros «pequeñoburgueses» que imponen un tributo sobre el «trabajo real» que realiza el proletariado. Esta idea muestra una completa ignorancia de la función de las redes de distribución, y de las necesidades económicas en cualquier sociedad que sea mayor que un pueblo. De forma similar, banqueros e industriales han sido retratados principalmente como explotadores, sin hacer alusión a la importancia de la acumulación de capital y de la organización de los complejos procesos de producción. En general, la noción de lucha de clases como fuerza motriz del progreso social fue útil en la lucha para humanizar el capitalismo, pero también cegó a la izquierda ante las realidades económicas.

Ideas toscas de este tipo indujeron a los soviéticos a destruir después de 1928 la clase mercantil y la del pequeño campesinado, indujeron a los regímenes de Euro-

pa oriental a destruir en la década de 1950 la clase media urbana mientras coexistía hostilmente con el campesinado, e indujeron a Fidel Castro a exiliar en la década de 1970 a la clase media cubana para mayor gloria de la capitalista Florida. Por suerte, los sandinistas de Nicaragua han sido menos dogmáticos.

Todo esto no quiere decir que una economía planificada y autoritaria no pueda lograr nada. Puede movilizar el entusiasmo y el odio de clase combinados de estudiantes y obreros para recoger la cosecha que se han negado a recoger los campesinos en huelga. Puede emplear una combinación de idealismo y amenaza para arrasar bosques, construir carreteras, desecar pantanos, extraer carbón y erigir fábricas. Pero el uso de una maquinaria compleja y, especialmente, el uso de ordenadores y autómatas, no digamos la búsqueda de conocimientos científicos y humanísticos, exige un compromiso voluntario por parte de unos seres humanos inteligentes y altamente instruidos. Salvo en momentos de desastre natural o de emergencia bélica, este compromiso sólo procede de personas que se sienten libres para emitir juicios discrecionales e informados en su trabajo... y en sus vidas personales y opciones políticas. La libertad política es la condición *sine qua non* para una sociedad que dependa de una tecnología avanzada.

Hay otros dos factores, presentes tanto en el mundo capitalista como en el socialista, que me obligan a limitar mi optimismo sobre el futuro. Uno es la fuerza inmensa y, en mi opinión, retrógrada del nacionalismo. La *glasnost* en la URSS ha abierto una caja de Pandora llena de conflictos violentos entre las nacionalidades que la componen. Ha sido testigo del fuerte aumento del antisemitismo tradicional, y de peticiones de independencia total por parte de las repúblicas bálticas anexionadas en 1940 en connivencia con Hitler. En

---

***La glasnost en la URSS ha abierto una caja de Pandora llena de conflictos violentos entre las nacionalidades que la componen.***

---

Europa oriental, con el derrocamiento de las dictaduras estalinistas, han resurgido reivindicaciones territoriales contrapuestas silenciadas por esas dictaduras, y puede que el Estado federal de Yugoslavia no sobreviva a las crecientes tensiones entre las nacionalidades que lo componen.

La preservación de la herencia cultural de un pequeño pueblo, el libre uso y el reconocimiento legal en todas las instituciones del Estado de su lengua, son factores positivos esenciales para el pluralismo que ha de practicarse a escala mundial. Pero las peticiones de un Estado soberano, cuando el territorio es pequeño y está ocupado por una mezcla de nacionalidades (en todos los casos de la Europa oriental, así como en Cataluña, el País Vasco, Occitania, Languedoc, Friesland, Irlanda, etc.) sólo pueden provocar una constante frustración y constantes heridas a los sentimientos de una u otra de las minorías que viven en cada uno de estos Estados o propuestas de Estado.

El otro factor, menos destacado en los titulares, pero igualmente poderoso como influencia retrógrada, es la fuerza de varias religiones importantes. La Iglesia católica, y muchas iglesias protestantes fundamentalistas, se oponen inflexiblemente al control de la natalidad, a la planificación familiar y al aborto. Pero sin estas técnicas es imposible controlar el crecimiento exponencial de la población, que constituye una de las principales amenazas para el futuro de la civilización

---

***El factor simple más importante de esperanza es el renovado prestigio de la democracia política y los derechos humanos.***

---

humana. Por otra parte, hay muchos regímenes en Africa, Oriente Medio y Asia que aplican el código coránico de justicia y continúan, por tanto, ejecutando a la gente por infidelidad conyugal y seccionando miembros como castigo del latrocinio. Mientras estas religiones creen que están haciendo la obra de Dios poco pueden hacer los demócratas de mentalidad laica para crear las condiciones mínimas para un mundo tolerante con una población estabilizada y controlable.

Dejando ahora los errores del pasado y los obstáculos inerciales para el potencial positivo de la situación actual, el factor simple más importante de esperanza es el renovado prestigio de la democracia política y los derechos humanos. Desde 1920 hasta 1960 una gran proporción de personas de los mundos capitalista y socialista creían que el futuro radicaba bien en el fascismo, bien en el comunismo (*deseaban* o no el triunfo de uno de esos sistemas). En los últimos treinta años la perspectiva ha cambiado espectacularmente. Tanto las dictaduras militares de derechas como la economía dirigida soviética se han mostrado incapaces ni en lo más remoto de ofrecer a sus súbditos el nivel de vida o el grado de libertad personal que se dan por supuestos en las naciones del Mercado Común, los países escandinavos y los anglófonos. Y como para celebrar el bicentenario de la Revolución Francesa, los pueblos de Europa oriental se han levantado unánime y pacíficamente en nombre de los ideales que se proclamaron por pri-

mera vez como ideales *universales* en 1789-91.

El segundo gran factor positivo es el desarrollo de una economía flexible y mixta, que combina el dinamismo del mercado con una protección económico-social básica para todas las clases de la población. Los partidos marxistas de Occidente, y la revolución soviética de 1917, lanzaron los desafíos que obligaron al capitalismo a adoptar un «rostro humano». Uno de los hechos no menos interesantes de la historia reciente es que los regímenes capitalistas democráticos han aprendido mucho más de los sermones, y ocasionalmente del ejemplo, del régimen soviético que lo que el régimen soviético haya aprendido jamás de Occidente; situación que podría remediarse si las reformas de Gorbachov tienen éxito en los años venideros.

Dado que no soy economista, no trataré de hacer recomendaciones de carácter técnico. Pero sí voy a citar aquí a los economistas de quienes confío haber adquirido una comprensión general de los procesos económicos modernos, y cuyos valores básicos creo compartir: J. K. Galbraith, Robert Heilbroner, Peter Drucker, André Gunder Frank, André Gorz y Alec Nove. Uno de los motivos (espero que no sea sólo la pereza) por los que no persigo un conocimiento detallado y acumulativo de la economía es mi creencia de que, a largo plazo, las actitudes son más significativas que los planes cuidadosamente diseñados y detallados.

Cuando leo un libro incisivo y tan razonable como *La economía del socialismo factible* (Editorial Pablo Iglesias, 1987), de Nove, me siento un poco como el «hombre ridículo» de Dostoievski. Ese caballero tiene un complejo sueño en el que experimenta el claro contraste entre el mundo tal como es y el mundo tal como podría ser si las personas se amaran real-

mente las unas a las otras. De hecho, no tendrían que amarse las unas a las otras realmente, sino sólo abstenerse de hacer esfuerzos homicidas para dominarse las unas a las otras. Si por lo menos la gente deseara realmente la paz y la armonía, reflexiona el hombre ridículo, cuán fácil sería. Si por lo menos... y me siento como el hombre ridículo.

Sin embargo, como alguien que ama la vida y no tiene ningún deseo de dominar a otros, trataré de exponer sucintamente las actitudes básicas que, en combinación con nuestros conocimientos científicos e históricos en desarrollo, podrían llevar a una vida mejor para los mundos capitalista y socialista en un futuro próximo, y a una vida mejor para la humanidad en su conjunto en un futuro a más largo plazo.

Igualmente, a modo de introducción de los siguientes párrafos, deseo reconocer la gran influencia que ha ejercido en mis ideas políticas una breve obra del difunto Bertrand Russell: *El poder, un nuevo análisis social* (1962). Russell define el poder como «la capacidad de producir efectos intencionados». Estos efectos pueden ser sumamente beneficiosos, como en el gran arte y en la ciencia; pueden proporcionar una alegría inocente, como en el juego del ping-pong; o ser increíblemente crueles y destructivos, como en los cientos de guerras y dictaduras que no necesito enumerar. Todos los seres humanos tienen el impulso de ejercer el poder, y el objetivo de una buena sociedad será facilitar todas las vías posibles para ejercer un poder benéfico o inofensivo y reducir al mínimo el poder malévolos.

También me ha influido profundamente la teoría revisada de los instintos que desarrolló Sigmund Freud como resultado de sus observaciones acerca de la primera guerra mundial. El espectáculo de cuatro años de guerra de trincheras, de millones de jóvenes alemanes, franceses e

ingleses que morían para capturar unos cuantos kilómetros de la torturada tierra del norte de Francia, indujo a Freud a creer que, junto al instinto de vida, de Eros, había quizás un instinto igualmente poderoso de muerte. Freud no podía comprender la inmólación voluntaria de esos millones de personas, y la buena conciencia de sus gobernantes, sin la hipótesis de un instinto de destrucción.

En cuanto a mí, no puedo entender la colaboración voluntaria de miles de burócratas, policías, guardias de prisiones, funcionarios del ferrocarril, etc., alemanes y de otros países europeos con el genocidio de Hitler; ni la colaboración de la mayoría del partido comunista, más fiscales, jueces y funcionarios de prisiones con la matanza y deportación por Stalin de millones de personas; no puedo comprender estos horrores sin postular la existencia de impulsos homicidas en todo hombre y mujer corriente, aparentemente inofensivo. Por tanto, toda mi exposición acerca de las posibilidades de un futuro humano mejor conlleva la condición: si el instinto de Eros resulta realmente más fuerte que el instinto de muerte o, en otras palabras, el «si por lo menos» del hombre ridículo de Dostoievski.

Volviendo ahora a lo positivo: las primeras características fundamentales de la buena sociedad serán la democracia política y la economía mixta. También es esencial lo que, en mi opinión, es uno de los mejores rasgos de la vida en los

---

***Las primeras características  
fundamentales de la buena  
sociedad serían la democracia  
política y la economía  
mixta.***

---

EE.UU.: la llamada «meritocracia». Hasta mediados del siglo XX, las oportunidades educativas y profesionales, y los puestos más altos en la industria, la banca y el gobierno estaban, predominantemente, al alcance de los varones de origen anglosajón o europeo septentrional y de religión protestante. En las últimas décadas, un número creciente de católicos, judíos, mujeres, hispanos, orientales y negros han podido llegar a los puestos más altos tanto de la sociedad civil como del gobierno.

Meritocracia significa que la base del ascenso pasa a ser la aptitud y la energía, en lugar del sexo o el origen. Significa que universidades y escuelas técnicas utilizan las becas para ofrecer oportunidades a estudiantes capacitados que carecen de recursos económicos. Si partimos del supuesto de que toda sociedad compleja implica competencia y también el ejercicio de una autoridad aceptada en la organización de sus actividades, es indudable que el hecho de que dicha autoridad sea la recompensa de un mérito demostrado, y con independencia del sexo, religión o del origen étnico, sirve a los intereses de todas las clases sociales.

Al mismo tiempo, hace falta un equilibrio entre las recompensas económicas y de prestigio para los dirigentes de una meritocracia y las necesidades básicas de la mayoría que no es rica ni prestigiosa. Cubrir esas necesidades requiere un gasto público y, como todos los lectores de este

---

***La diferencia entre una buena y una mala gestión de las empresas económicas no depende de que sean públicas o privadas.***

---

artículo saben, los gobiernos conservadores, socialdemócratas, soviético y de Europa oriental coinciden en su insistencia de que hay que reducir drásticamente el déficit. Pero, en toda esta unanimidad, poco se dice de los diferentes tipos de déficits.

Personalmente creo que cabe distinguir entre los déficits que constituyen realmente una carga negativa para el bolsillo público y los déficits que, en realidad, son inversiones en el futuro productivo. El dinero que se emplea en armamento y fuerzas militares inútiles, el dinero necesario para hospitalizar a los drogadictos, el dinero necesario para pagar los daños causados por inundaciones cuya repetición es totalmente predecible, el dinero necesario para extinguir los incendios forestales consecuencia del descuido o de la intención, es un déficit real. El dinero empleado para subvencionar los transportes públicos o los precios de los productos básicos es también un déficit real, pero un déficit justificado en gran medida por las necesidades de la población trabajadora.

La mejora de carreteras y ferrocarriles y aeropuertos, la mejora de escuelas y universidades y hospitales, la construcción de canales para el control de inundaciones, la mejora del suministro de agua, la mejora de la seguridad en las minas, fábricas, centrales químicas e instalaciones nucleares también contribuyen enormemente a lo que se enumera como déficits. Pero estos gastos son en realidad inversiones en la calidad de vida técnica y humana. Permiten que la población sea mucho más productiva y viva en un entorno más sano. En muchos casos serán menos costosos que los gastos de emergencia que su existencia obliga a desembolsar. Los beneficios económicos para la sociedad son imprecisos y se producen en periodos largos de tiempo, por lo que no consiguen ser consignados en la columna del «ha-

ber» de los libros de «déficit». Por supuesto, se denominen déficits o inversiones, el dinero ha de proceder de alguna parte. Pero si los gobiernos fueran más transparentes a la hora de emplear los ingresos fiscales, y si la sociedad se preocupara más por la calidad de vida, sería posible reducir los déficits reales y pagar gustosamente las inversiones públicas.

Y esto me lleva a otro punto esencial: el papel del sector público y el del privado. A partir del discurso oficial y de los medios de comunicación de los últimos años, un lector poco crítico podría concluir que lo público equivale a ineficacia y lo privado a eficacia. El énfasis constante en el deterioro de Correos, o en los mastodontes industriales del imperio soviético o en el «desarrollo» franquista dan una impresión de verosimilitud a esta generalización. Pero hay muchos ejemplos de excelentes resultados económicos logrados por industrias de propiedad o gestión pública: los ferrocarriles estatales alemanes, las fábricas de automóviles Renault en Francia, las líneas aéreas de varios pequeños países europeos, etc. Y, por otra parte, están los escándalos de las cajas de ahorros y entidades de crédito en EE.UU. cuyo rescate de la mala gestión privada les está costando a los contribuyentes cientos de miles de millones de dólares.

La diferencia entre una buena y una mala gestión de las empresas económicas no depende de que sean públicas o privadas. Depende de si hay competencia, de si Renault ha de competir con Ford o Toyota, de si las líneas aéreas públicas han de competir con la TWA, etc. Si la meritocracia se aplica dentro de la empresa (no a los miembros de un partido político) y si ésta ha de competir con otras empresas en el mercado abierto, no hay ninguna razón inherente para que la administración privada logre mejores resultados que la pública.

---

***El interés general siempre exige unas reglas razonables y aplicables para limitar los daños que puede hacer una competencia incontrolada.***

---

Una gestión aceptable depende asimismo de si hay unas reglas del juego, razonables y factibles, que no permitan que la competencia en un área destruya los recursos de otras. Estas reglas han estado ausentes de los sectores de la banca, la vivienda y las operaciones inmobiliarias tanto en EE.UU. como en otras partes del mundo. El mercado en sí es un mecanismo totalmente amoral. Tras los desastres de 1929 hubo que controlar la Bolsa. Ahora hay que controlar los «bonos basura» y el sector de los créditos hipotecarios. La idea de que el capitalismo funciona mejor sin regulación es un mito. Además, se trate de empresas privadas o públicas, el interés general *siempre* exige unas reglas razonables y aplicables para limitar los daños que puede hacer una competencia incontrolada.

Confesaré con franqueza que gran parte de mis ideas económicas y políticas se centran en torno al concepto del mal menor. En general, creo que sólo las personas que sean moderadamente felices en su vida personal se abstendrán de agredir a otras. Y, siguiendo las ideas de Freud y Russell que he citado más arriba, me gustaría que el «poder» motivado por la agresividad, la envidia, el resentimiento, etc. sea lo menos dañino posible. La sociedad necesita los servicios de todo tipo de personas de gran talento y que al mismo tiempo sean ambiciosas para dominar a los demás seres humanos. Yo prefiero que amasen un montón de dinero y hagan alarde de ello de la forma que más les

---

***La creciente automatización de la industria permitirá reducir la sensación total de alienación que se experimenta en las sociedades complejas.***

---

plazca a que se conviertan en comisarios capaces de ejercer un control directo sobre los demás. Esto, a su vez, es un claro motivo para preferir la economía de mercado a la economía dirigida aun cuando ambos modelos fueran casi iguales en eficiencia.

En la mejor de las circunstancias me es difícil imaginarme la vida sin incluir una medida importante de infelicidad. Suponiendo unas condiciones de paz, democracia política y economía de mercado como norma futura, hay, en mi opinión, dos problemas importantes que continuarán existiendo y que cabe resumir con el término «alienación», tal como lo usaba Marx, y la necesidad, expresada por el filósofo y psicólogo americano William James, de un «equivalente moral de la guerra».

En su sentido más amplio, alienación significa la falta de satisfacción que un porcentaje muy alto de seres humanos siente en sus actividades cotidianas. Marx y Engels expresaron una profunda indignación por la situación de los mineros y obreros industriales de mediados del siglo XIX: hombres, mujeres y niños condenados a trabajar largas horas, en ambientes insalubres y feos, haciendo labores físicas repetitivas y careciendo de todo sentimiento de identificación o de participación creativa en el producto final de su trabajo. Para ellos, la «esclavitud salarial» de su época era comparativamente peor que las condiciones laborales del

artesano medieval, que por lo menos era propietario de sus herramientas y responsable de hacer un producto entero; o que las del pequeño campesino, que podía cuidar de los productos de sus campos desde la siembra hasta la cosecha.

Las condiciones laborales que imperan hoy día en las fábricas (aunque no en las minas) y en el campo de la mayoría de los países avanzados están mejor pagadas y son mucho más sanas que en vida de Marx y Engels. Pero el problema de la alienación es aún más grave que en el siglo XIX. Trabajar con una sierra eléctrica ocho horas en una fábrica bien iluminada es tan poco interesante como trabajar con una sierra manual diez o doce horas en una fábrica mal iluminada. Por otra parte, en el pasado, el obrero relativamente no cualificado podía estar orgulloso de su fuerza física y de su destreza con las herramientas como contribuciones tangibles al proceso de producción. Debe de ser inevitable que el obrero de una cadena de montaje, aun cuando no esté tan despiadadamente explotado como el héroe de *Tiempos modernos* de Charles Chaplin, se sienta profundamente *alienado* por la insignificancia de su trabajo personal.

Y el problema es más grave que en el pasado, no sólo porque la fuerza física del obrero haya perdido su importancia, sino porque al mismo tiempo todo tipo de trabajos administrativos y de servicios se han mecanizado tanto como los procesos de producción industrial. Hasta el desarrollo de los pequeños ordenadores en la década de 1970, parecía que el trabajo se estaba convirtiendo inevitablemente en algo cada vez más rutinario y mecanizado para todos salvo para el pequeño porcentaje de científicos y artistas creativos. Por suerte, la creciente automatización de la industria y las posibilidades de descentralizar e individualizar las tareas burocráticas mediante el uso de los ordenadores (como se describe en las obras de Alvin

Toffler) permitirán reducir la sensación total de alienación que se experimenta en las sociedades complejas.

Los ordenadores pueden permitir que la gente trabaje más en casa y con su propio horario, en lugar de dedicar unas horas al día a desplazarse a una oficina o fábrica central y a fichar. Pueden permitir que el viajante de comercio haga su contabilidad diaria en unos minutos en lugar de en un par de horas. Pueden reducir la jornada laboral de casi todas las categorías de empleados tanto en el sector de la producción como en el de servicios. Después de lo cual, la gente tendrá que saber qué hacer con su nuevo tiempo de ocio, para que la alienación del trabajo rutinario no sea sustituido sin más por la alienación del aburrimiento. Para que la revolución informática acreciente la felicidad humana, es esencial que la sociedad invierta mucho más de lo que ha estado dispuesta a invertir hasta ahora en educación y facilidades para todo tipo de ocupación del tiempo libre y para los seres humanos de todas las edades y gustos. Pero, en la combinación de informatización y educación para el ocio, hay una oportunidad muy real de reducir el peligro del aburrimiento de masas como forma de alienación.

Cuando William James proclamó la necesidad de «un equivalente moral de la guerra», no se habían producido aún las dos Guerras Mundiales ni las otras numerosas y salvajes carnicerías étnicas y religiosas del siglo XX. Pero el recuerdo de la Guerra Civil americana y la capacidad destructiva en rápido aumento de las armas prenucleares «convencionales» fue suficiente para alertar a un pensador brillante y comprensivo de la posibilidad futura de una matanza masiva. James creía que, además de las causas de cualquier guerra concreta, existía una necesidad humana de heroísmo y sacrificio. Era completamente evidente, aun antes de 1914,

que la civilización humana no podría sobrevivir a menos que el hombre lograra hallar un sustituto de la guerra como expresión, en el sentido positivo, de heroísmo y, en el sentido negativo, de hostilidad y la agresión.

James consideraba los deportes de competición de «contacto» una de las mejores salidas para la agresión y el heroísmo. Siguiendo sus ideas, y las de Russell y Freud ya mencionadas, yo también creo que los deportes de competición, y los riesgos no bélicos del tipo que sean, son salidas necesarias para la agresión humana. El boxeo, el rugby, el waterpolo, las corridas y los encierros de toros, las carreras de coches; dejemos que florezcan siempre que la gente conozca los riesgos que asumen y respeten las reglas del juego. Los seres humanos deben, después de medio millón de años de luchas, renunciar a la guerra como actividad social. Los juegos duros de competición, al satisfacer los sentimientos agresivos de participantes y espectadores, son, por lo que puedo ver, los mejores sustitutos existentes de la guerra.

El lector socialista de estas líneas podría decirse ahora: «Pero bueno, este tipo es un historiador y parece que no se da cuenta de que las guerras son provocadas por rivalidades económicas, ambiciones imperialistas y maquinarias de propaganda». Por supuesto que creo que los conflictos materiales reales son causas reales de guerras reales. Pero también pregunto,

---

***Creo que la democracia política  
y la economía mixta ofrecen la  
base óptima para un futuro  
humano mejor.***

---

como decía mi pegatina favorita de los años 60, «¿y si se declara una guerra y no va nadie?». La enumeración de las causas económicas y políticas de las guerras es del todo insuficiente para explicar el prolongado entusiasmo suicida de muchas guerras; el ejemplo más reciente es el de los ocho años de guerra entre Irán e Irak.

Para resumir, creo que la democracia política y la economía mixta ofrecen la base óptima para un futuro humano mejor. No pienso que sea una idea «eurocéntrica» o «septentrional». Hay un puñado de regímenes islámicos, así como la anacrónica dictadura de izquierdas de Fidel Castro y, hasta hace poco, la anacrónica dictadura de derechas de Paraguay, que rechazan de plano el modelo de democracia política/economía mixta. Pero la gran mayoría de los gobiernos y de los partidos políticos, incluso gobiernos tan despreciables como los de El Salvador y Guatemala, afirmar estar a favor de la eventual construcción de una sociedad de este tipo.

Para que cualquier versión reconocible de una sociedad de tales características se convierta en la norma mundial, debemos adoptar, en el plazo de unas décadas, unas medidas ecológicas y de control de la natalidad que hasta ahora sólo son objeto de debate. El capitalismo de mercado sin restricciones y numerosas convicciones religiosas y nacionalistas constituyen enormes obstáculos para las medidas ecológicas necesarias. La raza huma-

---

***Los europeos siempre han disfrutado de un grado de elección y de una dignidad como individuos prácticamente desconocidos en muchas sociedades tradicionales.***

---

na se enfrenta asimismo a desalentadoras necesidades educativas: para desviar la agresión hacia actividades no letales, para sentir la responsabilidad común de la raza humana sin distinciones étnicas, para situar la supervivencia de la ecosfera por encima del afán de lucro y para evitar que el nuevo ocio degenerare en formas más desesperanzadoras de alienación que las analizadas por Marx.

Las sociedades avanzadas deben abrir camino, en términos de organización social y tecnología, y también en términos de solidaridad, de disposición a vivir con menos riqueza para que tres cuartas partes de la raza humana pueda vivir un poco mejor. Las condiciones óptimas que sugiero en este artículo están actualmente al alcance de Europa, del mundo anglófono, de Japón y de los países asiáticos del «margen del Pacífico» que acaban de conocer la prosperidad. Con cincuenta años de paz y de cooperación internacional podrán ampliarse probablemente a Europa oriental y a la mayor parte de la Unión Soviética. En un par de siglos pacíficos, podrían extenderse a la mayor parte de Asia, Africa y América Latina.

Hay una razón tecnológica fundamental por la que hablo de siglos en relación con las áreas del mundo menos desarrolladas. Incluso las exposiciones más racionales y detalladas de las condiciones para el desarrollo económico carecen, a mi modo de ver, de una valoración de las razones por las que el «primer mundo» es el primer mundo. Los campesinos oprimidos de la Europa feudal, y algunas de las sociedades indígenas de población escasa de Norteamérica y los Andes sabían más sobre rotación de cultivos, cuidado de la tierra y uso de herramientas manuales que la inmensa mayoría de la gente que vive hoy día en el Tercer Mundo. También tenían una dieta más saludable que la mayor parte de los africanos y latinoamericanos en 1990.

Los siglos de conflicto entre la Iglesia católica y las monarquías laicas de Europa, la división de la autoridad entre el César y Dios, seguida de conflictos aún más complejos después de la Reforma protestante, dieron al mundo occidental una gran medida de libertad intelectual de facto mil años antes de la época de la Ilustración, las revoluciones americana y francesa y la institucionalización de la libertad política y de los derechos humanos.

Europa nunca ha conocido más que en brevísimos momentos el tipo de sociedad en el que toda la autoridad y el prestigio estaban totalmente concentrados en un solo gobernante humano o casta sacerdotal. Aunque sólo haya sido por las tensiones no resueltas entre autoridades religiosas y laicas, los europeos siempre han disfrutado de un grado de elección y de una dignidad como individuos que han sido prácticamente desconocidos en muchas sociedades tradicionales, incluso las de la India y China, en donde una pequeña minoría disfrutaba de una cultura sumamente refinada y elaborada.

No estoy insinuando que hacen falta mil años para que el uso hábil de herramientas y los efectos de la libertad intelectual sean universales. Pero hay un importante fenómeno que los sociólogos conocen como «desfase cultural»: el hecho constantemente observado de que los cambios técnicos en el «modo de produc-

ción» se producen con una rapidez mucho mayor que los cambios de actitud y de hábitos apropiados a los avances en la organización de la producción. Este fenómeno no tiene nada que ver con razas «superiores» o «inferiores», ni con juicios éticos. Tiene que ver con las destrezas, los hábitos de trabajo, la receptividad hacia ciertos tipos de acción y el rechazo de otros que comienza en las primeras semanas de vida; con el tipo de dieta existente, el tipo de juguetes que se ponen en las manos del bebé, etc.

Por supuesto, también es perfectamente posible que los avances científicos, o las catástrofes planetarias, del futuro hagan que el tipo de sociedad democrática/de economía mixta del que hablo en hipótesis quede totalmente obsoleto. Pero si queremos que una civilización humana cada vez más interdependiente se desarrolle siguiendo las líneas actualmente posibles en los países técnicamente más avanzados, yo diría que habrán de pasar un par de siglos antes de que las sociedades existentes menos desarrolladas puedan alcanzar el actual nivel de vida de Suecia, Alemania, Japón o los EE. UU. Quizá cuatrocientos años después de la Revolución Francesa toda la humanidad pueda compartir la libertad y la prosperidad que comparte ahora el «primer mundo» (si es eso lo que quieren).

*Enero 1990*

Traducción de Berna Wang